

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Tercer grado
Matemática

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Tercer grado
Matemática

Los números

Alberto Blanco

Cuando comenzaron a enseñarnos los números en la escuela, la maestra se quedó muy sorprendida al descubrir que yo ya sabía sumar.

—¿Y quién te enseñó a sumar?

—Mis dedos.

Todos los niños se rieron haciendo tal escándalo que la maestra no supo si la respuesta era cierta o era solo una broma. Como para sacarla de la duda, le dije:

—Todo comienza con el uno.

—Es verdad.

—Pero hay algo que yo quiero saber, maestra...

—¿Ah, sí? ¿Qué quieres saber tú que sabes tanto de los números?

—¿Cuál es el último número?

Tomado de Blanco, A. (2000). *Preguntas de Ocotlán*. México: CONACULTA.

Alberto Blanco (1951). Es un poeta y escritor mexicano. Su producción literaria es muy variada y abundante. Ha publicado poesía, traducciones, cuentos y poemas para niños.

El lápiz que encontró su nombre (fragmento)

Eliacer Cansino

El lápiz hacía esfuerzos por llegar hasta el sacapuntas. Pero ¡qué lejos estaban el uno del otro! ¡Y cuántas cosas se interponían entre ellos! los libros, las tijeras, un teléfono móvil, dos caramelos, unos calcetines... Le parecía imposible llegar hasta el otro extremo.

—Tendrás que acercarte tú también si quieres que nos encontremos —le dijo al sacapuntas.

—¡Eso sí que no! Bastante con estar siempre de guardia.

El lápiz estaba tan cansado que prefirió no empezar otra vez una discusión. Se detuvo para recuperar fuerzas. Aún no se había recobrado cuando se abrió la puerta de la habitación y entró Cristina. El lápiz se puso muy contento y comenzó a gritar como un loco, igual que un náufrago cuando ve pasar un barco por el horizonte:

—¡Eh! ¡Cristina! ¡Aquí! ¡Estoy aquí! ¡Mírame! Soy un lápiz, ¿sabes? Hasta hoy no lo he sabido y ahora tengo que afilar mi punta convenientemente. ¡Escucha...!

Cristina se quitó la bufanda y la tiró sobre la mesa. ¡Horror! Una vez más quedaría sepultado. Intentó escapar y tropezó con el teléfono..., pero antes de que pudiera dar un paso más, un alud de lana le cayó encima y lo dejó en la más completa oscuridad. ¡Qué desgracia! Ahora nadie repararía en él y permanecería mucho tiempo sin escribir. Casi había perdido la esperanza de salir cuando el teléfono llamó a Cristina con su potente vozarrón.

—¡Cristirriiinng! ¡Cristirriiinng!

—¡Dios mío, me dejará sordo!

Como por arte de magia, la bufanda voló por los aires, la mano de Cristina agarró el teléfono y se lo acercó a la oreja. Estaba muy contenta con aquella llamada y se reía una y otra vez. Entonces, dijo:

—Espera, que apunto tu número —y, con toda normalidad, tomó el lápiz entre sus dedos mientras hablaba, alcanzó el sacapuntas y comenzó a afilarlo. No tuvo tiempo de pensar en nada. De repente, el lápiz se vio girando y girando, y a medida que giraba, todo lo fue viendo más claro, más luminoso, hasta que, por fin, apreció otra vez su punta de grafito. Cristina anotó con él: 4122005.

—Sí, ya sé, con el prefijo delante —dijo.

Era lo primero que escribía. Cristina había dicho que era un número. “Tal vez mi fecha de nacimiento”, pensó. Y, para no olvidarlo, lo repitió una y otra vez:

—Cuatro del doce de dos mil cinco —dijo bajito—. Un día como este, el año que viene, celebraré mi cumpleaños.

Tomado de Cansino, E. (2005). *El Lápiz que encontró su nombre*. España: Anaya.

Eliacer Cansino (1954). Escritor, novelista y profesor español. En 2009 recibió el premio Anaya de Literatura infantil y juvenil.

Ronda

Teresa Crespo de Salvador

A contar estrellas
con loco croar
aprenden las ranas
en el totoral.

El rocío danza
uno, dos y tres,
con pasos de azúcar,
cuatro, cinco y seis.

La luna redonda
se ha puesto a rodar
y semeja el cero
que quiere jugar.

Repiten los grillos
del uno hasta el mil
y nunca parece
que van a dar fin.

Y el búho maestro
cansado de hablar
se durmió en el árbol
para terminar.

Tomado de Delgado, F. (2013). *El árbol que canta*. Ecuador. Velásquez & Velásquez Editores.

Teresa Crespo Toral de Salvador (1928-2014). Fue una escritora ecuatoriana, pionera de la literatura infantil en su país. Su libro *Ana de los Ríos* fue llevado al cine por el Convenio Andrés Bello.

El armario viejo (fragmento)

Charles Dickens

Eran las diez de la noche. En la hostería de los Tres Pichones, de Abbeylands, un viajero, joven aún, se había retirado a su cuarto, y de pie, cruzados los brazos contra el pecho, contemplaba el contenido de un baúl que acababa de abrir.

—Bueno, todavía debo sacar algún partido de lo que me queda —dijo—. —Sí, en este baúl puedo invocar un genio no menos poderoso que el de Las mil y una noches: el genio de la venganza... y quizá también el de la riqueza... ¿Quién sabe?... Empecemos antes por el primero.

Quien hubiese visto el contenido del baúl, más bien habría pensado que su dueño no debería hacer mejor cosa que llevárselo a un traperero, pues todo eran ropas, en su mayor parte pertenecientes, por su tela y forma, a las modas de otro siglo, excepto uno o dos vestidos de mujer; pero ¿qué podía hacer con traje de mujer el joven cuya imaginación se exaltaba de ese modo ante aquel guardarropa híbrido? No eran días de Carnaval...

—¡Alto! Dan las diez —repuso de pronto—. Tengo que apresurarme, no vaya a cerrar la tienda ese bribón.

Y hablando consigo mismo se abrochó el frac, se echó encima un capote de caza, bajó, franqueó la puerta, siguió por la Calle Mayor hasta recorrerla casi toda, torció por una calleja y se detuvo ante el escaparate de un comercio.

Quizá fuese el único abierto de todo el pueblo. Detrás del escaparate se veían las más variadas mercancías: muebles, libros, gemelos, monedas de plata, alhajas, relojes, hierro viejo y artículos de tocador. La mayoría de estos objetos tenían un rótulo que indicaba su precio. Detrás de un mostrador enrejado se sentaba un hombre con la pluma sobre la oreja, como un contable que acabara de interrumpir una operación matemática para despabilar la luz de la vela. Porque, en medio de todas aquellas riquezas, el hombre del mostrador se alumbraba económicamente con una prosaica vela de sebo colocada en una vieja botella vacía. También él, lo mismo que el joven de la hostería, animaba su soledad con un monólogo o con uno de esos diálogos cuyas preguntas y respuestas las hace uno mismo.

“Es una gran verdad, sí, señor. En un chelín hay un millón, como en un grano de trigo hay toda una cosecha para llenar un granero; el secreto consiste en colocar bien el chelín y en sembrar el grano de trigo en buena tierra. La inteligencia y el ahorro dan a los ceros valor poniéndolos a continuación de las cifras; la locura y la prodigalidad ponen la cifra a continuación de los ceros. ¡Qué maravillosa semana! Las doscientas libras esterlinas que me prestó hace diez años Tomás Evans han dado excelente fruto. El imbécil perdió mi pagaré; siempre hacía igual por su habitual negligencia. Eso sí, también habría perdido el dinero si se hubiera presentado al vencimiento, en vez de morir nombrando heredero a su hijo Jorge, aún más derrochador que él. Creo firmemente que Tomás Evans tuvo la intención de dejarme ese legado, aunque el joven me escribió reclamándome las doscientas libras esterlinas con el pretexto de que no pagué a su padre.

“Señor mío” le contesté, “presénteme el pagaré y haré honor a mi

firma. No pido ningún requisito más: soy solvente. Venga usted mismo si no tiene confianza en su agente de negocios.

“¡Sí, sí! Le pareció mejor correr mundo con una actriz y gastarse las rentas antes de cobrarlas, en Norteamérica, de donde creo que no regresará. Dicen que también él se ha hecho cómico... ¡Cómico!... ¡Cualquier día el teatro le indemnizará de lo que le ha costado! Razón tiene nuestro ministro, el reverendo señor Mac-Holy, cuando llama escuela de Satanás al teatro. Si Tomás Evans hubiera sabido que su hijo acabaría su educación en esa escuela, además del pagaré de las doscientas libras esterlinas me hubiera legado también todo el modesto patrimonio que tan mal invirtió el heredero réprobo. ¡Comerse con una actriz la herencia de Tomás Evans y acabar por dedicarse él mismo a las tablas!... Ese joven está perdido. ¡No seré yo quien vaya a verlo trabajar, ni aunque me regalase la entrada!”

Tomado de <https://bit.ly/2VE8vCk> (27/03/2019)

Charles Dickens (1812-1870). Fue un escritor y novelista inglés, uno de los más reconocidos de la literatura universal, y el más sobresaliente de la era victoriana. Fue maestro del género narrativo, al que imprimió ciertas dosis de humor e ironía, practicando a la vez una aguda crítica social.

Números comparados

Gloria Fuertes

Cuéntame un cuento de números,
háblame del dos y el tres
—del ocho que es al revés
igual que yo del derecho—.

Cuéntame tú qué te han hecho
el nueve, el cinco y el cuatro

para que los quieras tanto;
anda pronto, cuéntame.

Dime ese tres que parece
los senos de cualquier foca;
dime ¿de quién se enamora
ese tonto que es el tres?

Ese pato que es el dos,
está navegando siempre;
pero a mí me gusta el siete,
porque es un roto en la vida,
y como estoy descosida,
le digo a lo triste: Vete.

Cuéntame el cuento y muy lenta,
que aunque aborrezco el guarismo,
espero gozar lo mismo
si eres tú quién me lo cuenta.

Tomado de <https://bit.ly/2U4ciHF> (14/03/2019)

Gloria Fuertes García (1917-1998). Poeta española. ligada al movimiento literario de la Primera generación de posguerra. Perteneció a los movimientos Generación del 50 y Generación del 36.

Bartolo dibuja el cero

Pedro María García Franco

Bartolo es un pájaro carpintero
que ha aprendido a dibujar el 0
con un lapicero.

Con un 0 dibuja una calabaza.
Con dos 0, dos cerezas coloradas.
Con un 0 dibuja un sol.
Con otro 0, un botón del pantalón.
Para hacer cinco globos, Bartolo dibuja cinco 0.
¡Qué bien dibuja el pájaro carpintero!

Con un 0 dibuja un sonajero.
Con dos 0 dibuja una bicicleta.
Con cuatro 0 dibuja un coche de carreras.
Bartolo quiere hacerse una casa
y dibuja en un árbol un 0 redondo
como una naranja.

—¡Bartolo es un artista! —dice una ardilla muy lista.
—¡Bartolo ha dibujado un queso! —dice un pato travieso.
—¡Es una rosquilla! —dice una gallina pilla.
—¡Es una pelota! —dice un gato con botas.
—¡Pues parece un 0! —dice un oso hormiguero.

Bartolo dice:

—Es un agujero. Es la puerta de mi casa, redonda como un 0.
Por esta puerta, entro y salgo cuando quiero.

Es de noche. Bartolo entra en su casa por el agujero.
Los ojos de un búho, redondos como 0, le miran con atención
desde una rama.

—¡Buenas noches, Bartolo!
—¡Hasta mañana!

Tomado de García Franco, P. (2006). *Bartolo dibuja el cero*. Madrid: Bruño Grupo Editorial.

Pedro María García Franco. Escritor español de literatura infantil. Ha publicado la colección *El zoo de los números*, que une los cuentos de hadas con la representación matemática. Entre sus obras tenemos *El libro del buen humor*, *Cuentacomocuentos*, entre otras.

Los números dígitos

Honorio Hinojosa

El uno le llamamos
en la blanca bola
de la luna llena,
tan triste y tan sola.

El dos, en las patas
de una ave canora
y en tus dos ojitos
que ríen o lloran.

Ramita de trébol
lleva tres hojitas
hijas de un pecíolo,
cual tres hermanitas.

Cuatro patas tienen
el perro y la ardilla
y todo animal
que gruñe o que chilla.

Cinco son los dedos
de tu manecita;
consérvala diestra
y muy limpiecita.

Seis delgadas patas
de la mosca son;
de la mosca fea
que zumba: ron... ron...

Siete son los días
de doña Semana
y siete, las hojas
de la mejorana.

Contemos, contemos
mis ricos bizcochos
y así encontraremos
al señor don ocho.

Veo en mi florero
nueve margaritas;
todas muy risueñas,
todas muy bonitas.

Al orondo diez
prontito lo hallamos:
contando los dedos
que tienen tus manos.

Tomado de Crespo, T. (1991). *Baúl de Tesoros: nueva antología de literatura infantil*. Quito: Corporación Editora Nacional.

Honorio Hinojosa. Escritor y poeta ecuatoriano.

La nube # 4 (fragmento)

Juana Neira

Para Juli, la más chiquita, ir donde sus abuelos es todo un acontecimiento, porque es el único lugar donde puede llevar a Mino. La abuela incluso armó una casita para él. El perro es tan mimado que también tiene su hueso propio y su pelota que suena cuando la muerde. Además, su abuelo permite que Juli use una calculadora un poco antigua que tiene, porque ella es una contadora obsesiva; cuenta todo lo que se le aparece y lo anota en una hojita: —Aquí hay siete cuadros, once plantas, siete mesas, ocho tenedores, cuatro ventanas, tres alfombras... La abuela me dio permiso

para abrir la puertita de su vitrina donde tiene sus miniaturas. Voy a contarlas una por una. Tiene dos juegos de té, siete gatitos de porcelana, cuatro casitas de barro, nueve muñequitas de trapo... Mi abuelita me ha contado que estas figuritas son propiedad de personas chiquititas que viven en una ciudad miniatura, en un país minúsculo, palabra rara que antes no podía ni pronunciar, pero ahora ya puedo decirla completa.

Ese es el juego preferido de Juli. Además, es muy buena para matemáticas; inclusive ha ganado varios premios en la escuela. Como es tan ordenada, la abuela no duda en prestarle las llaves de su vitrina de las miniaturas, porque sabe que ella es muy cuidadosa y que no las perderá. Así la contadora oficial se divierte siempre en la casa de sus abuelos.

Tomado de Neira, J. (2010). *La nube # 4*. Quito: Alfaguara.

Juan Neira Malo (1963). Escritora y radiodifusora ecuatoriana. Cofundadora de Girándula IBBY Ecuador.

¡Cuántas cuentas en un cuento!

Loti Scagliotti

Cuentan que una maestra cuentas contaba
y en el pizarrón con tiza anotaba:
“Cuatro más cuatro son ocho”,
y mientras contaba, comía un bizcocho.

Los alumnos no la oyeron.
—¿Qué ha dicho? ¿Ha dicho ocho?
—¿O la maestra habrá mentido como Pinocho?

Pero la nariz no le creció.
Por eso, casi, casi estoy seguro
de que la maestra no mintió.

Ante tanta confusión,
hasta un número se perdió,
justo, justo en el momento
en que la maestra se atragantó.

Tal vez tú nos puedas ayudar
y así todos, todos juntos
ese número podremos encontrar.

¡Contemos juntos!
Cuenta uno y luego dos.
Y al dos le sigue el tres.
No hagas teatro con el cuatro
y cuenta cinco, así, contigo
ya son cinco los que cuentan hasta cinco.

Siempre el siete se entremete,
luego el ocho, y ahora el nueve
¿quién lo mueve de este cuento
que te cuento mientras cuentas hasta diez?

De diez números falta uno
y perdido no está el uno.
El número que no ves
se esconde cada dos por tres.
Y también está en la suma
de la cuenta que te cuento:
cuatro y dos son... ¡Sí! ¡Es el seis!

Pero en la clase de esta maestra
solo hay un niño que sabe de cuentas.
Los otros no cuentan, no saben contar.

Por eso ella les pide
que den seis saltos cada uno
y que los saltos
los cuenten de uno en uno.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco...
¡Uy! Se cayó Pinco en el último brinco
y solo pudo contar hasta cinco.

Como son cinco los dedos
que en tu mano hay
y cinco los días
para trabajar.

Contando y saltando pudo Miguel
contar desde el uno hasta el número seis:
uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis.

No solo Miguel al seis pudo llegar,
ahora ya todos saben contar.
Uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis.

Sin embargo, la maestra
estaba desesperada
porque el tiempo se acababa
y los niños solo cuentan
cuando cuentan hasta seis,
pero este cuento no termina
si no cuentan hasta diez.

En su desesperación, la maestra,
los zapatos se quitó.
¡Uy! ¡Qué olor!
Pero eso no ha sido lo peor.

Lo peor es que los niños
la han querido imitar,
y los zapatos y las medias
se han quitado sin dudar.

¿Cuántos dedos hay allí?
¿Cuántos vamos a contar?

El pie izquierdo tiene cinco:
uno, dos, tres, cuatro, cinco.
Si seguimos con el seis,
tendremos que cambiar de pie:
seis, siete, ocho, nueve y diez.

Este cuento ya termina
porque todos cuentan hasta diez
y me cuentan que tú también cuentas
con la ayuda de los pies.

Y si hasta el diez ya has contado
este cuanto se ha acabado.

Tomado de Scagliotti, L. (s.f.). *¡Cuántas cuentas en un cuento!* Montevideo: Hardenville.

Loti Scagliotti. Tallerista, diseñador e ilustrador de cuentos infantiles. Entre sus obras tenemos *Este sapo no es de trapo*, *¿Quién es quién?*, *¿Qué sueña Eugenia?*, entre otras.

Capricho (1, 2, 3, ... 14)

Enrique Loedel

Aquí va de un soneto el primer verso,
y después del primero va el segundo,
al cual sigue el tercero sin esfuerzo
y este es el cuarto, que se asoma al mundo.

El quinto es el de aquí, si no confundo,
le sigue el sexto sin ningún retuerzo,
y el séptimo ya va, rugoso o terso,
seguido del octavo que es fecundo;

pues de él surge el noveno bien plantado,
y el décimo perfila ya el boceto
al poner al undécimo a su lado.

Sea por fin el duodécimo loado
y el decimotercero del soneto
que en el decimocuarto, se ha acabado.

Tomado de <https://bit.ly/2VAVuK8> (27/03/2019)

Enrique Loedel Palumbo (1901-1962). Físico y profesor uruguayo.

La escuelita de la araña

Gustavo Alfredo Jácome

Con sin par sabiduría
la araña dicta a las moscas
su clase de Geometría.

En el pizarrón del aire
y con hilos de cristal,
traza líneas y figuras
y una estrella hexagonal.

Las libélulas y moscas,
bajo un constante control,
estudian la Geometría
al aire libre y al sol.

Solo el niño-moscardón,
por andar revoloteando,
nunca estudia la lección.

Tomado de Crespo, T. (1991). *Baúl de Tesoros: nueva antología de literatura infantil*. Quito: Corporación Editora Nacional.

Gustavo Alfredo Jácome (1912-2018). Escritor y poeta ecuatoriano. Escribió literatura infantil y textos escolares.

